

Camino despacio desde Casas Altas por pistas de tierra. Me paro en el altozano de la *Chota*. Se puede ver Ademuz, adonde quiero llegar antes de que anochezca. Sus casas encaladas destacan como faros sobre una montaña marrón. Ahora, paisaje y casas se amalgaman formando un cuadro impresionista. Las tablas de labor abandonadas, que se extienden por todos lados, hieren mi recuerdo. Ya nadie las labra, ni repara los muros de los bancales cuando se caen, dejando que sus piedras se queden desparramadas como sangre seca.

Sangre en el suelo del altozano, no queda rastro de ella. Han pasado más de cuarenta años, pero yo sé que está ahí. La intuyo en las manchas de las formas caprichosas que piso con respeto. Reconozco el lugar como algo familiar, pero se me hace extraño, tal vez porque ya no me hace falta estar alerta. Si cierro los ojos, aún puedo oler a pólvora, aunque el aroma de lavanda enmascare mi recuerdo. Los prismáticos están donde los escondí, en un hueco debajo de una piedra plana. La funda de piel se ha deteriorado un poco, pero el papel de estraza los ha protegido de la humedad y se encuentran en un estado aceptable. Oteo con ellos en dirección a Monte Chico. Distingo, encima de un pequeño montículo, tres piedras blancas en pie. Aunque ahora a la gente le ha dado por hacer esas pequeñas construcciones, quiero soñar que son señales inalterables de nuestro código secreto. María eterna.

*Luna nueva. Dicen que hace más de dos años que acabó la guerra, no para todos. Espero a que pase una hora o dos de la media noche. Quiero entrar por la parte alta del pueblo, aunque para ello tenga que dar un rodeo. Es más seguro. Cuando llego al camposanto me paro. Me pego a la pared. Me oculto. Espero. Escucho. Silencio. Todo está bien. Todo menos mi corazón, disparando latidos como una ametralladora. Desciendo desde el monte Zafranares por el camino del cementerio. Al llegar a las primeras casas, me vuelvo a parar. Repito las precauciones. Espero. Escucho. Silencio. Reemprendo la marcha de puntillas, deteniéndome ante el menor presentimiento de que puedo estar siendo observado. Llevo mi pistola en el macuto y a veces meto la mano dentro sin poder evitar empuñarla. Por fin, llego a pocos metros de la puerta de la casa. El recorrido se me ha hecho eterno. A distancia, escondido en un portal, leo los visillos de su ventana. Están recogidos en el lado derecho. No hay peligro. Desde el*

*interior, la luz siempre encendida se filtra por el cristal dando un aspecto fantasmagórico a la casa de enfrente. Repaso atentamente todas las ventanas que me observan como ojos abiertos, pero no distingo ninguna figura tras ellas.*

*En dos pasos llego hasta su puerta. No está echado el cerrojo. La abro y entro. Después corro el pestillo con sigilo. No me hace falta buscarla, está frente a mí. Nos deshemos entre abrazos, entre gritos ahogados. Lloro en silencio y cuando la beso noto en mi lengua su bendito sabor a sal. Todo en ella es vida. Aparta la cortina de su pelo, que por momentos se interpone entre nosotros, y lo hace con un gesto simple y familiar, que entra dentro de nuestra liturgia. Para evitar que el ruido inoportuno de la cama pueda delatarnos, nos amamos en el suelo con pasión, encima de una manta que se retuerce bajo nuestros cuerpos. Lo hacemos como si hubiésemos estado mil años separados o como si fuera la última vez, es lo mismo. Somos Adán y Eva desterrados que por unas horas volvemos de permiso al Edén. Un sueño ligero nos adormece y nos resta tiempo del poco tiempo que tenemos. Cuando me despierto, pasan de las ocho y María ya está levantada. Ha preparado un frugal desayuno que tomamos mirándonos a los ojos. Las susurradas palabras casi no nos hacen falta. Después de desayunar, me toma de la mano y me lleva al pequeño cuarto que hace de fresquera. Entramos y cierra la puerta. Cuando la oscuridad nos abraza y nuestros ojos empiezan a acostumbrarse a ella, quita una tabla de lavar pegada a la pared medianera que la separa de la casa de al lado. Una pequeña grieta, producida por el asentamiento de los materiales, se abre en dirección hacia el suelo. La escasa luz que se filtra ilumina débilmente su perfil seráfico y pienso que me gustaría retener ese recuerdo para siempre. Se lleva un dedo a los labios. Silencio. Me acerco a la grieta para mirar, pero es demasiado estrecha y casi no se ve nada. Sustituyo el ojo por la oreja. Entonces las voces se oyen con claridad.*

*–Quiero que me vigiléis a Gregorio el Fusco. La declaración que le han arrancado en Valencia, no me acaba de convencer –dice una voz con tono autoritario–. Podría ayudar a los del monte.*

*Las voces provienen de la Casa Cuartel de la Guardia Civil. Está al lado de la de María.*

*–Pero mi teniente, corroboró todo lo que ya sabíamos por otros. Su declaración coincide con la de Pepe el Royo y Andrés. Y los dos estaban detenidos. Gregorio no pudo saber lo que habían dicho –dice otra voz.*

*–Eso es lo que me extraña –responde la voz del teniente–. Coincide demasiado bien. Punto por punto. O es verdad que ha colaborado con nosotros o de alguna manera se han puesto de acuerdo.*

*–Los acuerdos no valen cuando se pregunta con la mano abierta –dice con ironía el segundo.*

*–Mi teniente, ¿por qué no deja que le lleve a dar un paseo? –pregunta una tercera voz, que me es familiar–. Estos no tienen remedio.*

*–¡Ni se te ocurra! –brama el teniente–. Soy la autoridad en este pueblo. Como me entere de que alguien se vuelve a pasar de la raya, me lo cargo. Lo vigiláis y punto –intercala un silencio antes de seguir–. ¿Entendido? Sólo quiero que lo vigiléis –dice recalcando la frase–. Si ayuda al maquis, lo detenemos y que el juez se encargue de él.*

*Me doy cuenta de que el teniente ha contestado al Pelucho, un sargento de la Guardia Civil al que la mayoría del pueblo teme. De él provenía la voz familiar.*

*–Y se ha acabado lo del aceite de ricino y lo de rapar a las mujeres cuando te salga de los cojones –continúa el teniente.*

*–Pero mi teniente, son unas rojas asquerosas –protesta el Pelucho.*

*–Son mujeres. Si me entero de que lo has vuelto a hacer, ya puedes ir haciendo el petate que te mando a África.*

*María me acaricia la espalda. Las voces siguen. El peligro hace de detonante y nos volvemos a fundir en la oscuridad retomando el juego de la noche. Siempre en silencio. Sin lágrimas. Como los únicos moradores del Edén.*

*Me paso todo el día escondido en su casa, como una fiera enjaulada, con la inquietud de saberme en peligro constante, mientras ella va a lavar la ropa de otros hogares a la Fuente Vieja y a limpiar casas de gente adinerada. Ya no puede ejercer de maestra y son los únicos quehaceres que le consienten. De tanto en tanto, voy a la fresquera a pegar la oreja en la pared, pero no se oye nada. Debe ser el despacho del teniente y debe de haber salido.*

*María vuelve cuando ya ha anochecido. Ha hecho los trabajos de siempre, para no levantar sospechas. Cenamos y nos tumbamos un rato a descansar, abrazados, pensando, sin querer pensar, en la despedida.*

*Suenan las doce en el reloj del campanario. Nos levantamos del lecho. Me acabo de vestir. Lleno el macuto con los alimentos que ha podido conseguir. Lo que no me cabe lo pongo en un hatillo. Espero a que todo el pueblo quede en silencio. Repaso mentalmente lo que debo hacer si me cogen. Es una posibilidad a tener en cuenta. Si*

*eso pasa, he de guardar silencio durante un día. Mis hombres están escondidos en el corral del Patirroyo, en una vaguada cerca de Los Santos, a varias horas del pueblo. Si no llego durante el día, marcharán a otro lugar seguro. Aguantar un día en silencio, me repito. Después de ese día, la información que consigan arrancarme no les servirá de nada.*

*Después de un beso rápido y doloroso, desando el camino de la noche anterior, tomando las mismas precauciones. No puedo andar deprisa con la luna nueva. Un poco más tarde, antes de llegar al corral, oigo un búho que canta cuatro veces y calla. Una señal de aviso. Grito que todo está bien. Un silbido avisa a los demás de que todo está en orden.*

Me paso la correa de piel por la cabeza y me cuelgo los prismáticos del cuello. Jalo de ellos para comprobar que la correa aguante. Camino a buen paso por la ribera del rio, a la sombra de los chopos, miro el agua que no retorna y le grito que yo sí he regresado. No me he cruzado con nadie en todo el rato, sólo me acompañan el murmullo del agua y el canto de los pájaros. Cuando llego a la *Fuensanta*, tomo un camino que sube para llegar a la Cueva *Nuncavista*. La maleza ha tapado la única entrada que tiene. Me cuesta un buen rato apartar los matojos para acceder a ella. Hay que entrar agachado, arrastrándose. Dentro, enciendo una pequeña linterna y busco un sitio para sentarme, luego la apago. Al principio, casi no distingo nada. Después, cuando mis ojos se han acostumbrado a la penumbra, recupero la imagen familiar de la forma de la cueva. Es grande, la base circular hace más de ocho metros de diámetro. El techo es alto, por eso no está tiznado por los innumerables fuegos que hicimos. El que la entrada esté un poco elevada, facilita la salida de los humos, como una chimenea natural. Paseo la vista por la penumbra. En un lado todavía hay un haz de leña. En una oquedad distingo un candil destrozado. Me acerco y cuando lo tengo entre mis manos, lo acaricio con tristeza. Alguien ha hecho una inscripción en una de las paredes. Enciendo la linterna para poder distinguir lo que pone. Un nombre y una fecha escritos con poca traza: “Daniel” y debajo: “28/2/1942”. Me guardo lo que queda del candil en la mochila, antes de salir y de que el sol hiera mis ojos y desvanezca mis recuerdos.

*Miércoles de Pascua. Al pasar por la Peña Rubia cuento una veintena de guijarros blancos, uno royo, uno negro y una rama de acebo con tres hojas, que me*

*guardo a escondidas en el bolsillo. Un mojón desplomado señala hacia el barranco del Bú. María valiente. Algunos me miran con recelo. Piensan que hablo con las piedras. Posiciono a mis hombres en el barranco como si fueran piezas de un tablero de ajedrez.*

*Les hemos sorprendido cuando nos preparaban la emboscada. Somos ocho contra veintitrés y no ha hecho falta ni disparar un tiro. Los que tienen graduación son un teniente, un sargento y dos cabos. Los desarmamos. Menos los mandos, los demás son casi niños. Nos ponemos en marcha con nuestros prisioneros con rapidez, por la posibilidad de que venga alguna patrulla de refuerzo. Caminamos un buen rato montaña arriba, sin dejar de apuntar a los militares, hasta llegar a un lugar apartado de los cultivos, un erial. Es un sitio apartado por donde casi nunca pasa nadie. Mis hombres les atan de pies y manos con la sogá de esparto que llevábamos preparada. También les amordazan. Hablo con el teniente y su voz me transporta a la fresquera de María. Lo encañono con mi pistola para llevarlo detrás de unos arbustos. No quiero que nadie nos oiga. Sus soldados me miran con miedo cuando pasamos a su lado. Alguno gira la vista. Piensan que voy a matarle. Una vez a resguardo de sus miradas, le hablo:*

*–Mi teniente, como tenemos que cargar con sus armas, necesitamos unas horas para poder ponernos a salvo –le digo con tono de respeto.*

*–No le entiendo –me contesta con cara de extrañeza.*

*–Le estoy proponiendo un trato.*

*–¿Qué trato?*

*–Por aquí casi nunca pasa nadie. Si les dejamos atados y no son capaces de liberarse, pasará mucho tiempo antes de que les encuentren, porque ni yo, ni ninguno de mis hombres se va a acercar al pueblo a dar parte de la emboscada y a decir donde se encuentran.*

*–¿Qué me propone?*

*–Deme tres horas antes de regresar al pueblo para dar la alarma.*

*–Lo siento, pero no puedo hacer tratos con usted.*

*–Por la noche hace frío. Los nudos están bien hechos y la sogá es fuerte. Primero tendrán que quitarse las mordazas y después intentar roer las ligaduras con los dientes, porque aquí no hay rocas con aristas para usar como cuchillos. Créame cuando le digo, que les puede llevar muchas horas, incluso días, liberarse. No es agradable. ¿Sabe que por estos parajes hay manadas de lobos? En estos tiempos que corren, están más hambrientos que nunca –le digo con ironía.*

*No contesta. Supongo que está poniendo en orden sus ideas y valorando mi proposición. Le miro mientras espero que hable.*

*–Si mis superiores se enteran de que he hecho un trato así, se me caerá el pelo –  
arranca a hablar, después de un buen rato.*

*–Nadie lo sabrá. Es algo entre nosotros dos.*

*Parece que no entiende el por qué de mi actitud. Me mira con cara de extrañeza. No veo odio en sus ojos, sólo sorpresa. Finalmente, hace un gesto de aquiescencia.*

*–Le dejaré apartado de sus hombres, sin que ellos puedan verle. Después de las tres horas, usted dice que ha conseguido desatarse. ¿Tiene reloj?*

*Asiente con la cabeza. Estira de una cadena y del bolsillo del pecho aparece una esfera brillante que tomo en mi mano.*

*–Son las doce. Le pido que se queden aquí hasta las tres.*

*Me sigue mirando con cara de asombro. Vacila. Por un momento mira al suelo sin saber qué hacer. Luego, recupera la compostura, me mira a los ojos y, como si le diera vergüenza decirlo de viva voz, vuelve a asentir con la cabeza. Le alargo la mano y, tras un instante de duda, él me la estrecha con fuerza. Luego le pido que junte las manos y estire los brazos. Obedece. Le ato con fuerza. Abre mucho los ojos y me mira fijamente en silencio, con crispación. Debe de pensar que le he engañado. Muevo la sogas por sus muñecas durante un rato, hasta que veo que le ha producido rozaduras en la piel, incluso sangre. Él se mantiene en silencio con los dientes apretados. Luego lo desato.*

*–Esto reforzará la versión de su liberación ante sus superiores.*

*La tensión ha desaparecido de su rostro.*

*–Gracias por no hacer daño a mis hombres –me susurra.*

*–Al Pelucho nos lo llevamos.*

*–¿Cómo dice? –me pregunta.*

*–Tiene que responder de muchas cosas. Le juzgaremos.*

*–Ustedes no tienen jueces –dice con tono de protesta.*

*–Los jueces son en última instancia personas. No son peores nuestros jueces que los suyos. Le garantizo que al menos escucharemos lo que nos tenga que decir.*

*Baja la vista y no me replica. Le dejo detrás sentado detrás de los arbustos, escondido, aún sin saber si respetará nuestro pacto. Cuando Ezequiel y Pascual acaban de repasar ataduras y mordazas, nos ponemos en marcha. Al sargento Antonio Castro, el Pelucho, le llevamos con nosotros. Nemesio lo hubiera despachado allí mismo. No le*

*he dejado. No somos asesinos. Al Pelucho todos mis hombres le tienen ganas, se nota en las miradas que le lanzan. Para no calentarme la sangre, evito pensar en las hazañas del sargento. No somos lobos.*

*Caminamos despacio por el peso de las armas incautadas. Vamos a esconderlas en la Cueva Nuncavista. Está apartada, en un lugar escarpado que pocos conocen. Me la enseñó un pastor de cabras, cuando yo aún era un adolescente.*

*Mientras escondemos dentro las armas, le digo a Daniel que se quede de guardia. Tiene diecisiete años. A su padre lo fusilaron al acabar la guerra y él se echó al monte para que a su madre y a su hermana no les pasara nada. Me contaron que no ha vuelto a hablar desde que las mataron.*

Huelo a espliego mientras camino por los abandonados bancales. Los jóvenes han huido a las ciudades. Nadie transita por estos lugares que antes eran el único medio de subsistencia que había. Para ver aliagas tenías que hacer una jornada de marcha, ahora están por todos los sitios. Apenas quedan rebaños de cabras y ovejas. Me alegra escuchar el zumbido de las abejas. Me quito las gafas para limpiarlas del sudor. Corto una rama de acebo y me la guardo en el bolsillo. María semilla.

*El Pelucho no habla, camina con la cabeza baja, como si quisiese evitar las miradas de odio. Está cagado, piensa que vamos a matarle. Llegamos al altozano de la Chota. Es un buen lugar para un descanso. Tenemos buena visibilidad. Si alguien se acerca, tenemos varias posibilidades de huida. Recogemos ramas secas y madera que no haga humo al arder. Pascual se pone a hacer unas gachas, antes de que se haga de noche y de que el fuego nos pueda delatar. Ezequiel, como antes Nemesio, me dice que hay que darle puerta al Pelucho. Mientras todos nos miran, le digo que no, casi gritando, para que todos me oigan. Continúo diciendo, que hemos quedado al día siguiente con la partida de Mariano el Gineta, cerca de Santa Cruz de Moya, en la Masada del Sordo. Él manda en la zona y será quien decida qué hacer. El Pelucho oye con detenimiento toda la conversación. Su semblante cambia de golpe. Parece haber recuperado el valor. Nos mira a los ojos, mientras que su expresión de terror demuda en una media sonrisa extraña y amenazadora.*

*–¡Sois una panda de maricones que no tenéis los cojones que hay que tener! – nos grita.*

*No entiendo ese cambio en su comportamiento. Hasta una semana después, no me enteraré de que a la partida de Mariano le tendieron una emboscada, dos días antes, y no quedó nadie con vida. La seguridad que tiene el Pelucho de saber que cuando vamos al encuentro con Mariano vamos hacia una muerte segura, le ha dado un valor que no tiene. Le hago callar amenazándole con la culata de mi máuser. Él, con la seguridad de su secreto, me mira con insolencia mientras sonrío.*

*Hacemos guardia por turnos. Dormimos al raso poco y mal, como siempre. A la mañana siguiente comemos un poco de regañada y bebemos achicoria caliente. Ha escarchado. El Pelucho, acostado en el suelo, no ha dejado de proferir bravuconadas desde que despertó. Nemesio y Ezequiel empiezan a recoger el improvisado campamento. Dentro de un rato hemos de dirigirnos al encuentro con Mariano.*

*–Vuestras mujeres no sabían lo que era un hombre de verdad. Menos mal que ahora que estáis en el monte, nosotros las hacemos gozar –grita el Pelucho, mientras se incorpora.*

*Mis hombres me miran. Esperan mi consentimiento para pegarle un tiro, pero no lo voy a permitir. El Pelucho mientras tanto, habla y habla y se va envalentonado. Aunque lo tengo sentado a mi lado, hago oídos sordos.*

*–Tu madre antes de morir me pidió que no te hiciera nada. Suerte tuviste de no volver ese día –le dice a Daniel, que está de espaldas y no le mira–. Puedes darme las gracias porque le enseñé a tu hermana lo que era un hombre de verdad. Gritaba como una cerda.*

*Me dispongo a hacer callar a esa alimaña, cuando Daniel se gira y saca la luger que lleva en la cintura. Intento incorporarme para detenerle, pero Tomás y Pascual me agarran por detrás y me inmovilizan. Grito órdenes que nadie obedece y consignas acerca de que no somos animales y que los crímenes a sangre fría no van con nosotros, que si actuamos así no somos mejores que ellos. Sigo hablando mientras miro la cara de Daniel. Extrañamente, todo pasa con lentitud, mientras el sonido de mi voz parece ajeno a todos. Me doy cuenta de que ni yo mismo escucho mis propias palabras recitadas de forma automática como una letanía. Absurdamente pienso en los discursos que tantas veces he oído en boca de mis alumnos. En los ojos de Daniel no hay odio ni rabia, sólo determinación. Tiene el brazo extendido con la pistola apuntando al Pelucho en la frente. Su cara de niño me recuerda a la de un ángel. El Pelucho, con el rostro crispado, se ha meado encima. Tiene la boca abierta y su valor se desparrama por la tierra en forma de orín. Por un momento, me parece que Daniel*



*no va a disparar, que sólo quiere hacerle sentir el miedo que antes él ha infringido a tantos otros. Un ruido sordo acompañado de un fognazo pone el punto final a la tensión de la macabra escena. Tengo restos de sus sesos en mis pantalones. Cuando me sueltan, Daniel ya se ha dado la vuelta y se aleja. El Pelucho ha quedado tirado hacia atrás en el suelo de manera grotesca. La sangre fluye abundantemente de su cabeza mientras la tierra la devora y la hace desaparecer igual que a mi autoridad. Cuando Tomás y Pascual me sueltan, reacciono. Me levanto. Saco mi astra y apunto a Daniel con el brazo rígido.*

*–Os avisé de que cualquier acto de rebeldía sería castigado –le grito mientras intento convencerme de que no tengo otra alternativa.*

*Daniel se gira y avanza hacia mí hasta pegar su pecho a la punta de mi pistola. Miro sus ojos tristes, sin brillo, sin vida. De soslayo miro a los demás. Haga lo que haga, no intervendrán. Por primera vez oigo su voz con claridad, aún tiene timbre de niño.*

*–Angélica sólo tenía ocho años.*

Camino por las calles de Ademuz. Paso frente a unos viejos sentados en los bancos de cemento que hay delante de la iglesia. Nadie me reconoce. Llego hasta la casa de María. Me planto delante y miro su ventana. No tiene visillos. La casa está semiderruida y en el edificio de al lado, sólo una pintura deteriorada del emblema de la Guardia Civil indica que allí hubo un cuartel. Debe llevar varios lustros cerrado. Por una ventana abierta accedo al interior de su casa y nada de lo que veo me recuerda a ella. Todo está lleno de polvo. No reconozco los pocos muebles que se mantienen, incluso el color de las desconchadas paredes es diferente. Entro en la fresquera y veo que la grieta ya no existe. Dejo los prismáticos colgados de un clavo que aún se mantiene firme, como si algún día tuviera que volver a por ellos. Salgo y voy hasta la Calle Real. Pregunto por María en la tienda de Elvira, que ahora regenta su hija. Me dice que se fue hace muchos años y que nadie ha sabido nada más de ella. Pienso que por eso nunca hubo respuesta a las cartas que yo le enviaba desde Méjico.

Subo hasta el cementerio igual que hice la última vez que estuve en el pueblo. Al llegar allí, me asomo a la baranda y dejo que el viento me despeine. Los pajares más cercanos se han hundido o amenazan con hacerlo, como una protesta silenciosa por el abandono al que se les ha condenado. Contemplo la vega del Turia y me alegro al distinguir, a lo lejos, un hombre con una caballería. Son algo más grandes que un punto.

Pienso que pronto, también serán devorados por el tiempo. Aprieto en el bolsillo las hojas de acebo hasta hacerme sangre. Cierro los ojos intentando recuperar el sabor de sus labios, pero sólo noto la sal amarga de mis lágrimas. María ausente.